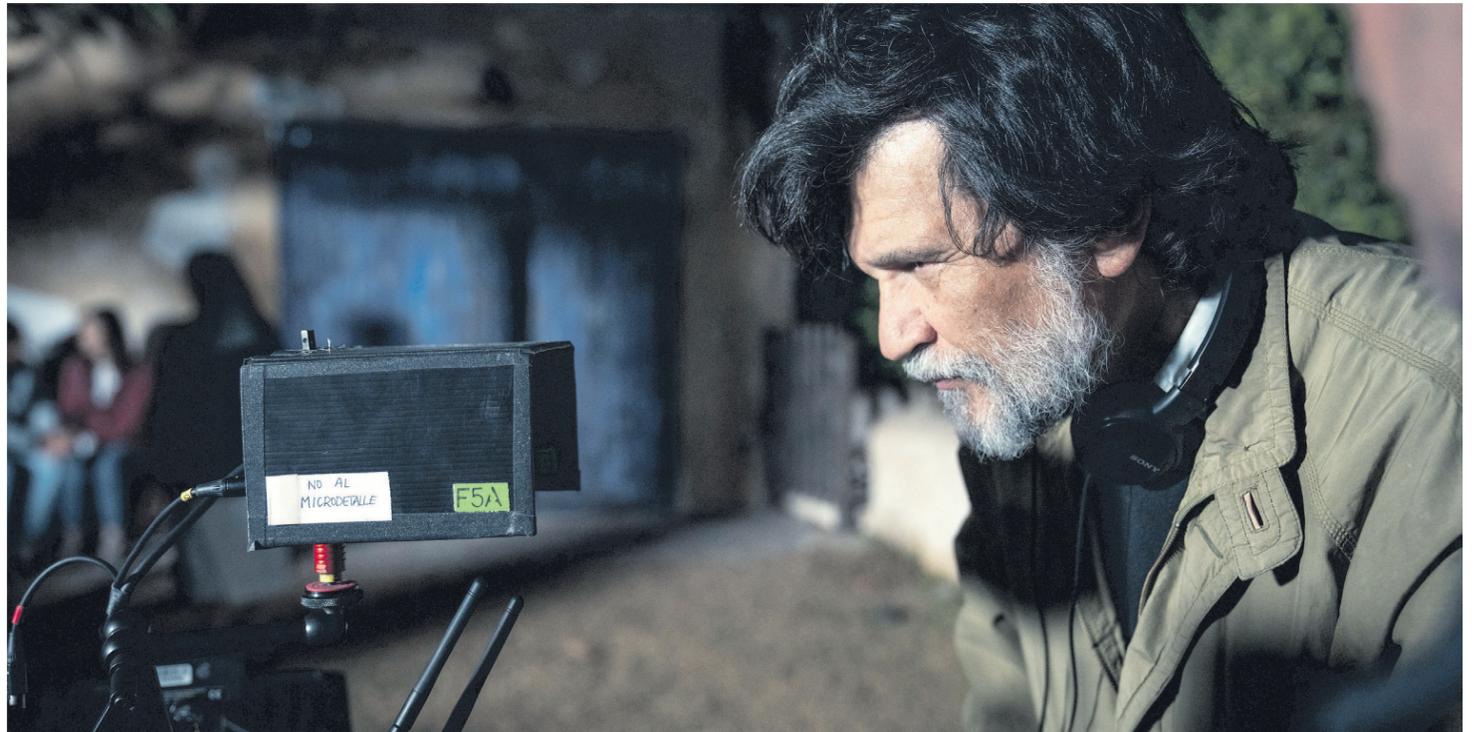


Por Jaime Pena

Por poco que supiésemos de él desde que en 1992 se estrenó *El sol del membrillo*, Víctor Erice nunca dejó de hacer cine. Unas veces fueron contribuciones a películas colectivas (*Alumbramiento*, *Vidros Partidos*), otras a proyectos expositivos (su *Correspondencia* con Abbas Kiarostami, la instalación *Piedra y Cielo*), cuando no un documental con el que volvía a San Sebastián y al viejo Kursaal para hablarnos de su descubrimiento del cine (*La Morte Rouge*). Aunque también hubo varios proyectos que no lograron sustanciarse, entre ellos su adaptación de Juan Marsé que vio la luz como guion, *La promesa de Shanghai*. Erice nunca dejó de rodar: ahí está uno de sus secretos mejor guardados, sus filmaciones de algunos espacios emblemáticos de la historia del cine, los escenarios de *Los cuatrocientos golpes*, *Roma*, *ciudad abierta*, *El desprecio* o *Espoir-Sierra de Teruel*, entre otras.

Toda esta trayectoria de treinta años no podía no dejar una huella en *Cerrar los ojos*, su cuarto largometraje, su tercera ficción, si exceptuamos algunos cortometrajes. En cierto sentido, *Cerrar los ojos* es la condensación de muchas de estas experiencias anteriores, empezando por algunos de sus proyectos no realizados, caso de sendas adaptaciones de Borges y Marsé que le sirven para imaginar otro naufragio, el de la película dentro de la película, *La mirada del adiós*, cuyas imágenes abren *Cerrar los ojos*. Ahí tenemos a un actor, Julio Arenas (José Coronado), que desapareció poco después de rodar esas escenas. Aquello sucedió en 1990 y ahora estamos en el otoño de 2012, cuando llega a Madrid el director de aquella película inacabada, Miguel Garay (Manolo Solo),



Victor Erice en el rodaje de su última película.

MANOLO PAVÓN

# Cerrar los ojos: cincuenta años no es nada

para participar en un programa de televisión que investiga la desaparición de Arenas. Garay vive en el sur, en la costa granadina, y este retorno a Madrid es una suerte de retorno al pasado, a sus viejos amigos, a sus antiguos amores y a esos fantasmas que todavía perturban sus sueños.

También es un retorno al cine, del que prudentemente se había alejado tras aquel proyecto fallido. Nadie lo ejemplifica mejor que Max Roca (Mario Pardo), ese distribuidor que añora el celuloide y que aún conser-

va las dos latas que sobrevivieron de *La mirada del adiós*, porque *Cerrar los ojos* es una película que pone la cinefilia en primer plano, con sus personajes nostálgicos de los viejos esplendores del cinematógrafo, que tanto citan a Nicholas Ray, Sternberg y Dreyer como entonan una canción de *Río Bravo*. Pero esto último ya sucede en el refugio que Garay ha encontrado en el sur... Y, sí, *Cerrar los ojos* nos remite al sur, como lo hacía el proyecto original de *El sur*, como si Erice se quisiera sacar una espina

de aquella película inconclusa que, con sus soñadas imágenes finales, nos tendría que haber transportado hasta los Mares del Sur. Algo de esto subyace en el personaje de Arenas, alguien que, si es cierto lo poco que nos cuentan de él, habría vivido todos los puertos del mundo.

Efectivamente, *Cerrar los ojos* plantea un diálogo constante con el cine anterior de Erice, con sus proyectos y sus películas. Nada lo evidencia con más claridad que el per-

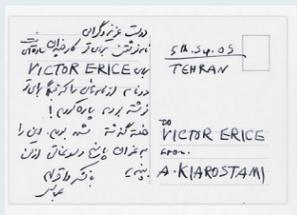
sonaje que interpreta Ana Torrent, de nuevo Ana y durante unas décimas de segundo, cuando vuelve a entonar ese emblemático "Soy Ana", otra vez la Ana de *El espíritu de la colmena*, cerrando un círculo de cincuenta años que sintetiza tanto su carrera como actriz como la filmografía (en el campo del largometraje) de Víctor Erice. Sí, *Cerrar los ojos* es una película que, bajo la apelación a Dreyer, nos habla de una serie de resurrecciones: la de unas imágenes que se creían perdidas, la de unos lazos de amistad o una relación paternofamiliar, pero también la de un tipo de cine que creíamos ya imposible y que Erice nos demuestra que sigue plenamente vigente. *Cerrar los ojos* es una película atemporal de la que se seguirá hablando de aquí a otros cincuenta años.

Quim Casas



**LA MORTE ROUGE (2006)**

Un soliloquio (subtítulo del film) de treinta y tres minutos, una nueva demostración de la forma que tiene el cineasta de utilizar y domar los formatos, las texturas, el tiempo de las ficciones y el de las realidades, el peso de los recuerdos. De niño vio *La garra escarlata*, la octava película de Basil Rathbone como Sherlock Holmes, en la que aparece un lugar imaginario, un pueblo canadiense llamado La Morte Rouge. Holmes, la fascinación por la pantalla plateada del cine, el viejo cine Kursaal...



**ERICE-KIAROSTAMI: CORRESPONDENCIAS (2007)**

Primera de una serie de relaciones epistolares, en modo expositivo, producidas por el Centro de Cultura Contemporánea de Barcelona, a la que siguieron Jonas Mekas-José Luis Guerin y Naomi Kawase-Isaki Lacuesta, entre otros. Erice y el fallecido Abbas Kiarostami se envían misivas filmicas en las que expresan cuestiones personales y artísticas a la vez que se rinden mutua admiración: Erice filma las clases en una escuela, Kiarostami sigue con su cámara el fruto del membrillo por el cauce de un río.



**ANA, TRES MINUTOS (2011)**

Uno de los veinte cortos de tres minutos y once segundos de duración que constituyen *3.11 Sense of Home*, realizada en homenaje a las víctimas del terremoto de Japón acontecido en marzo de 2011. Erice recuperó a su actriz fetiche, Ana Torrent. *Sense of home*: sentimiento del hogar y su pérdida. Tres minutos y once segundos: el tiempo que tardó el agua en destrozarse tantas vidas. Participaron Isaki Lacuesta, Apichatpong Weerasethakul, Naomi Kawase, Jia Zhangke, Jonas Mekas y la cantante Patti Smith.



**VIDROS PARTIDOS (2016)**

Erice se alió con dos directores portugueses (Manoel de Oliveira y Pedro Costa) y el finlandés Aki Kaurismäki (con quien ya había compartido cabecera en *Ten Minutes Older*) para celebrar en el film colectivo *Centro Histórico* el nombramiento de la ciudad de Guimarães como capital de la cultura europea en 2012. Su episodio, *Vidros partidos*, habla de la decadencia de una otrora época de esplendor a partir de la esencialidad de una vieja fotografía del comedor de los trabajadores de la Fábrica del Río Vizela.



**CERRAR LOS OJOS (2023)**

No es una película testamentaria, pero cada una de sus secuencias reflexiona sobre el papel del cine ayer y hoy, quizá mañana, sobre la substancia de la imagen analógica, el peso del recuerdo personal unido a la memoria de un cine que no es más grande que la vida, como decía a veces Truffaut, pero conforma parte de esa vida. En el cine se acabaron los milagros tras la muerte de Dreyer, se dice en el film, pero la nueva mirada de Ana Torrent frente a una pantalla pone en entredicho la sentencia.